

TRES AÑOS

El 3 de julio se cumplen tres años desde aquella tarde de un sábado en que Adolfo Suárez González fue designado por el Rey presidente del Gobierno. Espigar sobre las noticias de aquellos días puede ser el mejor comentario objetivo del cambio que, presidido políticamente por Suárez y movido históricamente por el Rey, está a punto de cristalizar como historia de la transición. Transcribo algunos titulares de Prensa. Uno de julio de 1976: El Movimiento organización quiere sobrevivir. El eurocomunismo (entre comillas) parece reforzarse. El PCE, contrario a su ilegalización temporal. Carrillo rechaza el término eurocomunista. Dos de julio: Gran expectación por el cese de Arias. Cinco nombres posibles para nuevo jefe de Gobierno: Arelliza, Fernández-Miranda, Fraga, Gutiérrez-Mellado y Vega Rodríguez. El Consejo Nacional debate la reforma constitucional: el señor Fernández de la Mora indicó que debería agregarse al dilatado período el calificativo de fecundo. Día 3 de julio: La oposición contra la reforma otorgada y el referéndum. No se admite la supresión de los cuarenta de Ayete. El Consell de Forces Politiques de Catalunya reclama un Gobierno provisional. Cuatro de julio: Adolfo Suárez designado presidente del Gobierno en virtud de la Ley Orgánica del Estado.

Algún comentarista, que ha logrado, entre otras, una admirable síntesis —participar en artículos colectivos contra Suárez y exaltarle a la vez con luminarias históricas personales— dedica la mitad de su antífona a demostrar lo equivocados que están los demás comentaristas. Prefiero, esta vez, pegarme al terreno y medir, por lo que le resta a Suárez de tarea, la magnitud de su contribución histórica. Teóricamente le quedan cuatro años o menos tres meses. Experimentalmente ha rebasado ya todas las marcas de los gobiernos largos predemocráticos en España; es posible, e incluso probable, que Suárez no llegue a cubrir totalmente esta etapa teórica de cuatro años —Suárez se empeña en que sí—, pero ello no le impediría volver otra vez a presidir el Gobierno. Lo realmente importante es que durante el resto de su actual mandato —fijemos dos años como hipótesis de trabajo— pueda construir una obra de gobierno que no desmerezca de su contribución esencial al advenimiento de la democracia.

Puede que Emilio Romero, cuya segunda navegación es mucho más sugestiva y magistral que la primera, no se lo crea, pero mi única relación personal con Suá-

rez, que es la amistad tejana, me permite una actitud crítica mucho más dura en privado que en público; por eso escribo aquí. Mi conocimiento prolongado de su personalidad me ha convencido de que no es un practicion de supervivencias sino un político con sentido estratégico profundo; de que no es un oportunista sino un hombre con hondas convicciones que se desarrollan a través de una coherencia interior flexible, pero unívoca; de que suple sus fallos de formación con un sentido político de primera magnitud y con una voluntad de trabajo casi inexplicable. Su cohabitación política con la soledad y las pasadas de Stukas (para decirlo con frase de López Rodó) con que le asedian toda clase de sectas políticas, y de personas convencidas de que Suárez es menos inmune a la presión de lo que él mismo proclama, le han conducido últimamente a situaciones de incomunicación política que han aflorado en tres auténticos marasmos: el tristísimo forcejeo de la última crisis de Gobierno (que todo el mundo comparó con la elegantísima rapidez con que Margaret Thatcher propuso, poco después, su equipo y su programa); el inconcebible planteamiento de la investidura; y la tendencia, respecto del partido que preside, a superar la lucha cegata de los clanes madrileños mediante la sustitución del impulso democrático de base por una camarilla de incompetencias lunares, agravado todo ello, y dejo fuera a Josep Meliá, por un equivocadísimo tratamiento de los flujos informativos entre Gobierno, partido, Parlamento, medios y clanes.

Suárez llevaba dentro mucho más de lo que, sin más excepción conocida que Pepe Armero, creíamos todos —he dicho todos, y les ahorro los textos, que siguen, salvo en mi caso, sin retractaciones escritas con la misma nobleza— el 4 de julio de 1976. Las relaciones entre el arquitecto (aquella maravillosa viñeta de Máximo no el 4 sino el 3 de julio) y el artífice de la transición no se han enturbidado durante el célebre bache reciente; es que nunca fueron, porque nunca debieron ser, permanentes e inalterables. El sobrecogedor envejecimiento en el rostro de Suárez refleja toda su capacidad de encaje pero también de asimilación. Hoy, por ejemplo, no piensa sobre el Partido Comunista lo mismo que el 3 de mayo de 1976, aunque Nicolás Sartorius, con su reiteración suicida de amenazas revolucionarias, parece no haberlo advertido. No creo que Suárez vuelva a montar una crisis sobre la Intocabilidad de Abril, lo que no quiere decir que vaya a cesarle. Conoce ya mucho más de cerca la dialéctica entre Molinoviejo y Mateo Inurria. Creo que aborda la negociación con los vascos y los catalanes no simplemente como representante del Estado, sino como tan representante de los vascos y catalanes como puedan serlo Garaicoechea y Pujol; o mejor, como tan representante de todos los españoles como es, de hecho, Tarradellas y me gustaría que quisiera serlo Leizaola. Hoy comprende Suárez el problema tremendo que supone a UCD el hundimiento de la derecha, y no me extrañaría que estuviese trabajando a fondo, con experiencias giscardianas, para plantear una salida democrática a ese veinte por ciento de españoles que no le votarán jamás a él. Hoy, cuando a pesar de sus aciertos y sus errores ha cuajado el milagro personal de que todos —empezando por él, Emilio, maestro— le sigamos midiendo mucho más por el futuro que por el pasado.—Ricardo de la CIERVA.